

—Ya lo comprendo, hijo—replicaba doña Elvira—pero no puedo evitarlo... no puedo evitarlo... ¡Si tú supieras lo que sufro...! Y esta casa es tan triste, tan silenciosa, con tan poca luz... ¡Y luego, siempre sola cuando tú te vas...!

Algunas tardes doña Elvira solía reunirse con una vecina que habitaba de abajo. Doña Elvira experimentaba una grata emoción hablando de su hijo. Le elogiaba radiante de orgullo, complacida de su bondad.

—Es muy amante de su madre—ponderaba ante su vecina—Ya vé usted, el pobre trabaja sin descanso, se sacrifica penosamente, y cuando llega la noche su mayor satisfacción es salir conmigo para que me distraiga y olvide mis quebrantos... Ni una sola noche, desde que murió mi marido, ha intentado salir solo de casa. Claro es que yo tampoco lo consentiría. ¡Enloquecería de miedo! Ya sabe usted que soy muy cobarde y desde la muerte de mi marido, cuando no tengo a mi hijo junto a mí, no disfruto un momento de paz. . Creo que detrás de cada puerta se esconde un fantasma, y que el alma de mi pobre esposo se me ha de presentar cuando menos lo espere...

Estas frases sugirieron a la vecina múltiples historias de aparecidos y ánimas en pena. Comenzó a relatárselas a doña Elvira minuciosamente, con detalles que horrorizaban y colmaban de pavor infinito su apocado ánimo.

Enmudecida de pasmo, con las pupilas dilatadas, doña Elvira estuvo escuchando las horripilantes narraciones. Una maléfica curiosidad la tenía hechizada. Anhelaba conocer hasta los más ínfimos pormenores de aquellos casos increíbles que describía la vecina.

Al subir, después, a su casa, sugestionada por las fábulas extravagantes que acababa de oír, tenía la evidencia absoluta de que el espíritu de su esposo rondaba en torno suyo, y solo esperaba una ocasión propicia para mostrarse.

Al poner la llave en la cerradura sintió un desaliento anonadador. Había obscurecido y las sombras la intimidaban. Estuvo a punto de retroceder, pero tuvo un rapto de audacia y abrió. La negrura en que estaba sumida la casa produjo un espanto tan desmedido que cayó en el mismo umbral, desmadejada, acometida por un desmayo inevitable y súbito.

Así la encontró Ricardo pocos momentos después, al regresar tranquilamente de su oficina.



Dudó mucho tiempo antes de decidirse. Aquel jolgorio organizado por sus camaradas cautivábale con la perversa atracción de lo impresentido. Al fin, la tentación le venció.

Cuando su madre se hallase dormida—pensó—él se levantaría muy sigilosamente, y guardando la llave, iría a reunirse con sus amigos